



El gimnasio que regentaba en la calle Máximo Aguirre era una réplica de un auténtico templo Shaolín, incluido un buen arsenal de armas. :: E. C.

LAS REACCIONES

Javier
Exalumno de artes marciales
«Ha pasado de ser el flipado de 'juancar' a un bárbaro, nadie podía imaginar algo así»

Víctor Manuel
Expropietario del gimnasio
«Esto no tiene nada que ver con las artes marciales, este tío está loco»

Begoña
Alumna de tai chi
«Era un ser superior, magistral, me cuesta creer que haya hecho esto»

Mercedes
Exalumna de tai chi
«No aguantaba ese rollo de veneración al maestro, decía ser la reencarnación de Buda»

«Un tipo así fuera de control puede

Aguilar genera veneración y reproches entre quienes le han seguido. «O estás con él o contra él»



OCTAVIO IGEA

oigea@elcorreo.com

BILBAO. Muchos de los que han compartido horas y horas de entrenamiento con Juan Carlos Aguilar coinciden. Pasó, hablando llanamente, de ser un monitor deportivo a proclamarse guía espiritual. De imponer hábitos cuasi militares en la enseñanza de las artes marciales a promover la paz interior y la meditación. Una transformación progresiva que estuvo a punto de echar al traste su negocio deportivo y que se ha culminado durante los últimos años envuelta en un sinfín de desencuentros con sus primeros pupilos. «Hacia cosas raras, aquello empezó a parecer una secta y salí pitando», señalaban ayer antiguos seguidores del maestro shaolín. Los que aún le siguen fueron más benévolo trazando su perfil, aunque no demasiado. Lo justo con un hombre «educado y amable» que podría pasar a la historia como un asesino en serie. Y para eso, nadie duda, tiene condiciones. «Sabe utilizar armas y golpear donde más duele; fuera de control puede ser un peligro», reconocían.

Apenas fueron necesarios los primeros indicios sobre la identidad del presunto descuartizador para que el pequeño mundo de las artes marciales en Bizkaia se diera por enterado. «Ha pasado de ser el flipado de 'Juan-car' a un bárbaro», señalaba Javier —nombre ficticio—, miembro de la primera generación de aficionados al kung fu que empezó a adiestrarse con 'Huang' Carlos en el antiguo gimnasio de Zababuru. «Era bueno, las clases eran duras, intensas, pero es que este deporte es así. ¿Que si

era una persona violenta? No.», responde rotundamente. «Lo que tenía era una labia descomunal; te podía mirar a los ojos y decirte que había visto levitar a un tío a cinco metros de altura. Cuando empezó no había Internet, salía en la tele y nadie podía rebatirle. Su palabra era palabra de dios, ahora puedes ver en Youtube a un niño en Estados Unidos que te explica cómo partir una botella con los dedos como él hacía», añadía Iker, otro 'ex' con el que las cosas no terminaron bien. «Te reti-

raba el saludo y la mirada. O estabas con él o contra él».

Cuando Aguilar empezó a desvincularse de la filosofía shaolín para «vender su estilo», surgieron las fricciones. «Queríamos un entrenador, no un comecocos. Pasó de adiestrar a treinta chavales dando saltos a tenerlos sentados en cojines», zanjaron los exalumnos. A Víctor Manuel, el anterior propietario del gimnasio que regenta ahora el monje, tampoco le gustaba «su sistema» de enseñanza. Pero es «cuestión de gustos»,

señalaba sacando la cara por los aficionados a las artes marciales. «Esto no tiene nada que ver, este tío está loco», aseguraba.

«¿Qué tal caballero?»

«La última vez que lo vi estaba más serio de lo habitual, ensimismado, pero me cuesta creer que haya hecho esto», aducía Begoña, una jubilada que ha practicado tai chi con el arrestado durante cuatro años. «No era ningún déspota, era un ser superior, magistral. Cuando dejé de dar clases



La calle Iturriza era ayer un hervidero. :: BORJA AGUDO

Sus vecinos de Iturriza aluden a un hombre «muy reservado»

:: B. VERGARA

BILBAO. «Callado, muy reservado». Así veían los vecinos a Juan Carlos Aguilar, el popular maestro shaolín, antes de saltar a la primera plana de la actualidad por su monstruosa conducta. Los residentes de la calle número 5 de la baína calle Iturriza no daban crédito. Se mostraban «impactados» y «sorprendidos» por una noticia que no cuadraba con sus recuerdos. «Era un chico totalmente nor-

mal...», afirmaba una de las dependientas de la farmacia que está situada frente al portal.

Muchos comerciantes y vecinos de los alrededores le conocían «de vista», aunque pocos llegaron a entablar una conversación con él. «No hablaba mucho, sólo decía 'hola y adiós', apuntaba Pablo, un joven de 20 años que habita en el bloque número 5 desde hace diecisiete años. Cada vez que coincidía con el experto en artes marciales en el